

ISSN: 1139-0107

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

16/2013

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

RECENSIONES

*Azar Gat, Nations. The long history and deep roots of political ethnicity and
nationalism, Cambridge: Cambridge University Press, 2013*
(Rafael Escobedo Romero)



Universidad
de Navarra

Azar Gat, *Nations. The Long History and Deep Roots of Political Ethnicity and Nationalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013. VI, 441 pp. ISBN: 9781107007857. \$21,64 (Paperback)

1. Introduction: is nationalism recent and superficial?; 2. The evolution of kin-culture communities; 3. From tribes to statehood; 4. Premodern ethne, peoples, and nations around the world; 5. Premodern Europe and the national state; 6. Modernity: nationalism released, transformed and enhanced; 7. State, national identity, ethnicity: normative and constitutional aspects (capítulo escrito por Alexander Yakobson).

La interpretación más habitual que es posible leer en la historiografía contemporaneísta acerca del fenómeno nacional es la que lo caracteriza como una de las manifestaciones propias de la modernidad. Antes de la modernidad, cabe hablar de dos realidades necesarias y correlacionadas con lo nacional, que son el estado y lo étnico, pero no es posible hablar de naciones, o, si se prefiere, de identidades nacionales, ni de nacionalismo. Se hace necesario para ello que ocurran, o por lo menos se inicien, los procesos decisivos de integración social y movilización política que están en el origen, desarrollo y consecuencias de las grandes transformaciones culturales, políticas, sociales y económicas de la modernidad, en pocas palabras, el prerrequisito de las revoluciones políticas atlánticas y de la revolución industrial. Esta interpretación goza de especial prestigio entre los historiadores porque se contrapone al ahistórico discurso esencialista con el que el propio nacionalismo concibe a la nación como un ente de naturaleza, en el que desde la noche de los tiempos puede observarse nítidamente un espíritu imperecedero y unos atributos morales colectivos. Para el autor de esta monografía, ese discurso tradicional, particularmente en su formulación más notoriamente mítica, que es la que subyace en las historiografías nacionalistas clásicas del siglo XIX, está correctamente descalificado. Sin embargo, todo el libro va dirigido precisamente a criticar las insuficiencias de lo que va a llamar la interpretación *modernista* de la nación, en contraposición con la que por otro lado va a denominar interpretación *tradicionalista*. Como el propio subtítulo de la obra señala se trata de demostrar «la larga historia y las profundas raíces de la etnicidad política y del nacionalismo», a través de una lectura crítica de los teóricos del nacionalismo junto con un ambicioso y erudito repaso empírico de todo el espectro espacio-temporal de nuestro conocimiento histórico.

El libro está organizado en siete capítulos. Los seis primeros son del autor principal, quien reconoce no obstante el acompañamiento continuo de Alexander Yakobson. El séptimo es del propio Yakobson. En el primero se plantea el marco teórico, se concreta el significado escogido para los conceptos de análisis más frecuentes y se establecen las tesis principales. Los capítulos segundo a sex-

to se disponen diacrónicamente desde la Prehistoria hasta la contemporaneidad. El capítulo escrito por Yakobson representa una reflexión sobre las diversas alternativas constitucionales que plantean a las modernas democracias el fenómeno de la identidad nacional y de la etnicidad.

Gat mantiene tres tesis principales, que son las que informan metodológicamente el conjunto de la monografía, y que se constituyen en cierto modo en antítesis o contradicción de la interpretación modernista. La primera, que nacionalismo y etnicidad están más estrechamente asociados de lo que muchos nacionalismos *cívicos* o democráticos están dispuestos a admitir. La segunda, que el nacionalismo, tal y como lo definimos a partir del paradigma de la modernidad, es una forma particular de un fenómeno más amplio que es la etnicidad política, la cual puede existir sin los elementos de ese paradigma y por lo tanto sin nacionalismo estrictamente dicho. Y la tercera, que la etnicidad ha sido siempre muy relevante en la conformación de las comunidades políticas, y que no debe ser desdeñada frente a otros aspectos a los que normalmente se les considera más decisivos (dinastía, ciudad-estado, religión, imperio, etc.). Para la interpretación modernista, sin embargo, el punto de partida en la explicación del desarrollo de la identidad nacional es la cuestión de dónde sitúa la ideología dominante en cada momento histórico el origen o principio de la legitimidad del poder político. Lo característico de la modernidad es precisamente que el poder legítimo es el que se deriva de la voluntad libremente expresada por los individuos que conforman la comunidad política, llámesele a esto soberanía nacional, consentimiento de los gobernados, gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, etcétera. Ciertamente, estos principios, aunque reconocibles en cierto modo en el mundo premoderno, son típicos y definitorios de lo que es la modernidad y, por lo tanto, es a partir del momento en que se produce ese giro copernicano de la fundamentación de la legitimidad política cuando puede decirse que el conjunto de los gobernados conforman una nación. A partir de ahí, la identidad de esa nación es objeto de un proceso de autocomprensión, de invención de la tradición (Hobsbawm) o de imaginación de la comunidad (Anderson). Previo a ese giro copernicano de la modernidad política, así como a los decisivos procesos materiales que lo acompañan de urbanización, sofisticación de los instrumentos del estado, cultura impresa, unificación de mercados, etcétera, es fútil, de acuerdo con la historiografía *modernista*, tratar de hallar lo que necesita de esas condiciones previas para existir. O peor que fútil, sencillamente mitológico, puesto que no otro es el discurso esencialista de los propios nacionalismos, tanto en el siglo XIX como en nuestro propio tiempo. Como ya hemos adelantado, el notable esfuerzo teórico pero sobre todo erudito de Gat se dirige precisamente a cuestionar ese planteamiento modernista, al menos en sus formulaciones más simplificadoras. Reconoce absolutamente, y en el capítulo sexto, dedicado a la modernidad, profundiza en ello, que la teoría modernista no puede considerarse simplemente errónea, sino más bien incompleta.

RECENSIONES

Para fundamentar sus tesis, el autor recurre directamente a los fundamentos antropológicos del sentimiento nacional, a partir de las investigaciones de sociobiología evolutiva desarrollados sobre todo a partir de los años setenta del pasado siglo, de acuerdo con los cuales los patrones de comportamiento que podemos calificar como de característicamente antropológicos son el resultado de la adaptación evolutiva de la especie humana en el estadio más prolongado de su existencia, es decir, el de pequeñas bandas depredadoras de cazadores-recolectores. Estos patrones de comportamiento se mantienen, en algunos casos se refuerzan, en otros se sofistican, pero raramente retroceden, con la progresiva complejidad social que se deriva del paso a las sociedades de productores. Y uno de los elementos característicos de ese estadio paleolítico es la intensa inclinación a defender los intereses del grupo en un contexto de igualmente intensa competencia por los recursos naturales. La unidad social en la banda depredadora además es casi sinónimo perfecto de familia extendida. La lógica evolutiva condiciona comportamientos favorables a la identificación del propio bienestar y de los propios intereses con el bienestar y los intereses del grupo de parentesco. De acuerdo con el planteamiento de Gat, la intensa inclinación de la gente hacia su propia etnicidad está en relación con esa pulsión primitiva. Ciertamente, la revolución neolítica da lugar a unidades sociales más populosas y complejas. El parentesco se vuelve cada vez más lejano e incluso se difumina, si bien es un fenómeno universal la importancia de los vínculos gentilicios que pueden observarse en las sociedades menos desarrolladas. Incluso puede ocurrir, y ocurre con frecuencia, que esos vínculos sean imaginarios, pero la funcionalidad es la misma. Realmente puede empezar a hablarse de etnicidad precisamente cuando la inclinación al grupo ya no se fundamenta sólo en una percepción de parentesco, aunque sea lejano, sino de comunidad cultural. Uno de los rasgos más relevantes de la identidad cultural es la lengua. Es muy significativo, en este sentido, la acentuada diversidad lingüística que presentan los espacios primitivos actuales, como la Amazonía o Nueva Guinea, o la intensa dialectalización de las sociedades históricamente menos desarrolladas. La formación de unidades sociales mayores, al tiempo que conservan, casi como vestigios fósiles, las trazas de antiguos tribalismos, tienden a la homogeneización cultural, que también se traduce en una simplificación de las modalidades lingüísticas.

Trazados estos fundamentos prístinos del problema, Gat acepta el reto de recorrer la historia política universal, es decir, la historia de los estados desde la Antigüedad a las revoluciones atlánticas. Es en este punto cuando podemos entender mejor la interpretación modernista acerca de la aparición y evolución de las sociedades estatales: la etnicidad, aunque existente y relevante, estaba en buena medida desprovista de significado político. Los estados estaban fundamentados en otros principios, es decir, la legitimación del poder no se derivaba de la etnicidad de los gobernados, y además los estados normalmente se desarrollaban al margen de las fronteras étnicas. Ciertamente, la evidencia empírica

es a primera vista arrolladora. En un extremo, nos encontramos con la proliferación de ciudades-estado independientes unas de otras, repartidas de forma contigua en espacios en los que es discernible una relativa homogeneidad étnico-cultural, o bien de pequeños principados territoriales, con estas mismas características. En el otro extremo, grandes imperios que se extendían sobre espacios étnicos absolutamente diversos. Toda la argumentación de Gat se dirige precisamente a recalcar aquellos aspectos que nos recuerdan la relevancia de la etnicidad, tanto en los micro-estados como en los macro-estados, sin desdeñar los que la relativizan. Similar metodología podemos encontrarnos en su concienzudo recorrido por la formación de las diversas monarquías dinásticas europeas. El autor se preocupa particularmente de contradecir la renuencia modernista a reconocer la posibilidad de que el europeo premoderno fuese capaz de generar una identidad nacional en el contexto de la legitimación dinástica del estado, de la fragmentación dialectal y sociológica de las poblaciones, de la relevancia de las identidades religiosas en oposición a otros aspectos de identidad étnica, etcétera.

Y llegados al tiempo de la modernidad, la batalla académica contra la interpretación modernista la dirige sobre todo a cuestionar la nación *cívica* en contraposición a la nación *étnica*, o la nación de los liberales frente a la nación de los nacionalistas. La nación liberal es el plebiscito cotidiano de Renan; es el resultado de la voluntad del individuo autónomo, racional y libre. La nación es por encima de todo la ciudadanía bajo una misma ley, la cual es a su vez fruto de la voluntad racional de los ciudadanos. La nación es la expresión de la fraternidad de unos ciudadanos libres e iguales que viven bajo una misma ley. Si la nacionalidad es el resultado de la voluntad del hombre libre, entonces es indiferente de la etnicidad de ese hombre. De ahí que un alsaciano germanoparlante pueda ser francés, porque es su voluntad. Sin duda, el alcance histórico de la nación cívica es indudable, por ir íntimamente aparejado a la idea de libertad política y de democracia. Con una u otra formulación, el patriotismo constitucional de Habermas es el discurso políticamente aceptable de los nacionalismos democráticos durante la contemporaneidad y especialmente en nuestro tiempo. Gat sin embargo se encarga de recordar que la construcción de una república cívica como la francesa se hace precisamente elevando a la categoría de cultura nacional aquellas manifestaciones, principalísimamente la lengua francesa en su variante *d'Oïl*, de la mayoría étnica del reino de Francia. Todavía más expresivo es, sin embargo, el caso de los Estados Unidos y, por extensión, de otras ex colonias británicas pobladas fundamentalmente por inmigrantes. Para Gat es indudable que la formación de la identidad nacional estadounidense tiene un fundamento genuinamente cívico, pero tampoco puede desdeñarse sin más la relevancia del referente étnico específico del patrón cultural anglo-europeo, de modo tal que el lenguaje común americano convierte en *étnico* todo aquello que no se ajusta a ese patrón predominante, que, paradójicamente, no se percibe a sí

RECENSIONES

mismo como igualmente étnico. La integración de las sucesivas oleadas de inmigrantes en la nación cívica, se realiza mediante ese famoso *melting pot*, cuyo resultado invariablemente es una aculturación más o menos completa en sentido anglo-europeo. Patrones más o menos similares es posible observar en otros países de inmigración, como algunos iberoamericanos e incluso, últimamente, en las viejas naciones europeas.

La conflictividad que conlleva esa diversidad étnica derivada de la inmigración en el seno de las comunidades políticas liberales empequeñece sin embargo al lado del que comporta la multiétnicidad de poblaciones autóctonas en un mismo espacio estatal. El capítulo de Jakobson gira básicamente entorno al dilema liberal respecto de la diversidad de identidades nacionales, entendidas éstas como nacionalidades de raíz étnica, dentro de un solo estado de ciudadanos libres e iguales. El final del último capítulo escrito por Gat recorre empíricamente el espacio asiático y subsahariano con esta preocupación en mente. Refirámonos brevemente a ello antes de finalizar con las reflexiones de su colega. Respecto del África subsahariana, el autor pone de relieve la aparente paradoja de que las fronteras trazadas por el colonialismo europeo de forma casi completamente artificial e incluso aleatoria, hayan sido consideradas como inamovibles por los estados independientes resultantes de la descolonización, y que de hecho, sean contadas las excepciones en las que ha habido intentos, exitosos o frustrados, de alterar esas fronteras para adecuarlas a la realidad étnica. El motivo es bien conocido; cuestionar ese mapa supone abrir una caja de Pandora de incalculables consecuencias. Desde el punto de vista de esta monografía, el fenómeno no puede ser más sugerente: la construcción de naciones cívicas allí donde la etnicidad no ha sido capaz de configurar, como en Europa o en Asia, identidades nacionales previas a la conformación de los estados modernos. Algunos de los casos asiáticos resultan también reveladores acerca de cómo se conforma la identidad nacional. La India moderna se fragua en la época de dominación colonial británica como una identidad étnica definida por unos criterios amplios de referencia civilizacional. La idea nacional india era inclusiva de la diversidad lingüística y religiosa del subcontinente. A la postre el proyecto fracasa en uno de sus flancos, el de la integración de la minoría musulmana, y de forma estrepitosa, con la independencia separada de Pakistán. La Unión India es lo que queda de ese gran proyecto pan-indio. Su secularidad constitucional permite una más o menos estable convivencia entre la mayoría hindú y las minorías musulmana, sij, cristiana, etcétera. Los intentos, sin embargo, de convertir el hindi en lengua nacional han fracasado, y la reorganización territorial de los estados federales se ha hecho además por criterios lingüísticos. La buena salud de la nacionalidad india revela no obstante que no son dificultades insuperables. El resto de los países asiáticos, China incluida, se parecen a los estados europeos en el hecho de que la identidad nacional se construye a partir de una

RECENSIONES

etnicidad dominante y políticas más o menos liberales, más o menos intransigentes, respecto de la propia diversidad interna.

La pregunta de Jakobson es sugerentemente incisiva. ¿Qué es más acorde con los valores democráticos, liberales e igualitarios? Las modernas democracias de nuestro mundo -así como también muchos regímenes que aun insuficientemente democráticos se esfuerzan meritoriamente por ser razonablemente justos y conciliadores- tienen cada una su propia respuesta, incompleta e imperfecta, pero variablemente funcional, al fenómeno, prácticamente universal, de la diversidad de identidades nacionales de una común ciudadanía. Muchos estados se conciben a sí mismos como el estado de una nacionalidad, sin menoscabo del respeto y el reconocimiento de aquellos ciudadanos del estado que no tienen esa identidad nacional. Esto trae consigo que aunque el estado sea de todos los ciudadanos, la nación sólo sea la de algunos ciudadanos. La opción máximamente inclusiva que genuinamente representa la respuesta republicana francesa, da por otro lado poco margen para cultivar identidades nacionales distintas de la francesa. Otras opciones, y aquí Jakobson se refiere específicamente al modelo español, hablan de una identidad nacional común compatible con otras identidades nacionales específicas. Los autores se cuidan de advertir que su libro es fundamentalmente descriptivo y no normativo. Cabe concluir esta reseña haciendo votos por que las respuestas normativas e inevitablemente subjetivas que cada quién dé a la complejidad de esta realidad esté por lo menos informada de un profundo conocimiento de la complejidad de la historia.



Azar Gat es Profesor de Ciencia Política en la Universidad de Tel Aviv. Doctor por la Universidad de Oxford, becario Humboldt y Fulbright, es sobre todo un especialista de prestigio mundial en historia del pensamiento militar. Inicialmente centrado en la teoría militar de la época moderna y contemporánea, sus aportaciones más celebradas son las que han adoptado un enfoque de historia global, especialmente *War in Human Civilization* (Oxford University Press, 2006). El presente libro, su primera aportación a la materia de la historia del nacionalismo y de la etnicidad política, es deudor de su trayectoria metodológica. Alexander Jakobson es Profesor de Historia Antigua de la Universidad Hebrea de Jerusalén. Doctor por esta misma Universidad, compagina su actividad investigadora sobre la política electoral de la República romana y sobre el Imperio temprano, con su interés teórico y práctico en la política israelí y en el fenómeno del nacionalismo.

Rafael Escobedo Romero
Universidad de Navarra